

Sanlúcar: Lo "tiramamos" todo

[Pepe Fernández](#) .-Ardua y atrevida es la tarea de quien gobierna la manija de las páginas de este portal, para acompañar con este breve relato a los habituales de los domingos en la sección cultural. Y, aunque no pueda emular el desparpajo de José Segura, la fresca narrativa de Siroco o la brillantez pedagógica de los relatos de Gallardoski, tiraré de los escasos recursos gramaticales que poseo y pediré la ayuda de alguna musa para no remolonear por los rincones donde se ubica la incompetencia literaria, aunque mi vida y la de mi familia, afortunadamente, no dependa de ello. ¡Menos mal!

El día 1 de este mes amaneció como acabó climatológicamente hablando: muy bueno. A temprana hora, un paseo en bicicleta por La Calzada, Plaza del Cabildo, calle Ancha, Cuesta de Belén, Caballero, Cuesta de la Caridad, Ganado y vuelta a Calle Ancha, sirvieron como magnífico tónico relajante para las piernas de este cincuentón, ciclista aficionado y sin duda refrescar los recónditos espacios de mi mente para reencontrar los recuerdos y vivencias de mi ciudad natal, de la que la vida me alejó durante tantos años por emular a Ulises, pero al igual que el griego náuta regresé a esta Itaka gaditana que me vio nacer.

Por la noche, y decidido a redondear tan magnífica jornada festiva, nos acercamos a disfrutar de una plácida sentada en una conocida cafetería-heladería de la Plaza de los Cisnes.

Dos familias ocupábamos sendas mesas donde degustamos los exquisitos helados que se sirven en el lugar, mientras la inconmesurable vista de nuestro boulevard más querido arropaba nuestras miradas. La tenue luz, la ausencia de ruido provocada por automóviles o música callejera, hacían si cabe del lugar, algo inusual en Sanlúcar.

Más, el embrujo del momento muy pronto se vería truncado por la presencia de un impecable coche que suavemente, y en lugar prohibido, asentó sus reales enfrente de nuestra mesa.

Un niño de unos diez años se apeó del automóvil, al que al poco retornó provisto de un vaso de plástico con líquido elemento que pidió en la cafetería. La máquina seguía estacionada, y a través de los cristales, el niño sorbía poco a poco el refrescante líquido, acabando con su sed y empezando con mi incredulidad cuando instantes después, abriendo la puerta trasera del automóvil arrojó con desprecio la vasija de plástico al acerado público.

Los gestuales movimientos de mis labios, con educadas pero admonitorias y coercitivas palabras por tan fea acción, fueron respondidos con una altiva y arrogante mirada que desafiaba, a la inquisidora frase, que aunque no oyera sí entendió.

Una giocondina mueca, apenas un gesto, acompañado de penetrante mirada, revalidaba la ejecución de su incívico acto y su chulería, sin duda, adquirida en el seno familiar.

Mientras los felices padres charlaban ajenos en sus asientos delanteros, el vástago, mantenía firme su desafío dentro de la seguridad que le ofrecía unas chapas cromadas y la cercanía de sus progenitores.

Al poco, una quinceañera entraba en el auto. Faltaba poco para las doce y la carroza que tiraban los caballos mecánicos de sus padres, partía con la misma parsimonia con la que entró, llevando en su interior a una Cenicienta y al “futuro” de Sanlúcar.

Y como rastro de su presencia, el vestigio del detritus de su basura y su mala educación.

Uno de los muchos sanluqueños que presumirá, si no lo hace ya, de sus orígenes y se le llenará la boca con solo pronunciar el nombre de Sanlúcar, pero dejará que su falta de respeto al medio ambiente de su ciudad, sea el problema del Ayuntamiento, al que su papaíto, a lo mejor, paga sus impuestos. ¡ Una alhaja de niño, vamos!